



EL POPULISMO FALANGISTA

Populism in the Spanish Falange

Miguel Ángel Ruiz Carnicer

Universidad de Zaragoza. España

maruiz@unizar.es | <https://orcid.org/0000-0002-2652-772X>

Fecha de recepción: 14/09/2021

Fecha de aceptación: 04/02/2022

Resumen: El artículo intenta reflexionar sobre el grado de populismo presente en el partido único de la dictadura franquista, Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Para ello, se parte de una definición sobre populismo a partir de aportes clásicos y recientes para luego ver el peso del populismo en el fascismo histórico. Pero la especificidad del fascismo español es sobrevivir en un entorno democrático tras 1945. En el trabajo se hace una revisión de la evolución de una Falange que tiene poder político y presencia simbólica, aunque sus miembros y dirigentes perciben limitaciones para la imposición de un proyecto propio, dado el peso de los sectores más conservadores y católicos dentro del régimen. Esta contradicción produce un discurso de «revolución pendiente» que hace compatible la identificación total con Franco y su obra y a la par, desarrolla un discurso crítico con algunos aspectos del régimen, mientras Falange decía encarnar los valores del «pueblo» frente a sectores como el Opus Dei que estarían deformando los valores de la «revolución nacional» del 18 de julio por intereses espurios. Este discurso caló en los jóvenes socializados en la retórica ardiente del falangismo revolucionario en los años cincuenta y sesenta, pero la deslegitimación progresiva del franquismo acabó reduciendo al falangismo o bien a un búnker cerrado al cambio o a los sectores reformistas azules que se acabarían sumando a la necesidad de la adopción de medidas democratizadoras y de reconciliación, definitivamente impulsadas con la muerte del dictador.

Palabras clave: Fascismo; Franquismo; Populismo; Falange.

Abstract: This article reflects on the degree of populism present in the single party of Franco's dictatorship, the Spanish Traditionalist Falange and the JONS. It begins with a definition of populism based on classic and recent contributions and then assesses the weight of populism in historical

fascism. The specificity of Spanish fascism, however, is that it survived in a democratic environment after 1945. The paper reviews the evolution of Falange, whose members and leaders, in spite of the political power and symbolic presence that the party enjoyed, were aware of the limits that they encountered in the imposition of a project of their own due to the weight of the most conservative and Catholic sectors within the regime. As a result of this contradiction, they produced a discourse articulated around the idea of a «pending revolution» which allowed them to identify themselves fully with Franco and his work, while at the same time developing a critique of some aspects of the regime. They claimed to embody the values of the «people» against sectors such as the Opus Dei, which they regarded as distorting the values of the «national revolution» of July 18 due to spurious interests. This discourse was taken up by the young people who were socialized in the fiery rhetoric of revolutionary Falangism in the fifties and sixties. However, as Francoism was progressively delegitimized, Falangism either became a bunker closed to change, or else was transformed by the blue reformist sectors, which would end up supporting the adoption of democratizing and reconciliation measures that the death of the dictator definitely prompted.

Keywords: Fascism; Francoism; Populism; Falange.

Sumario: 1. Fascismo como populismo; 2. La peculiaridad del fascismo español; 3. Falange unificada, Falange traicionada; 4. Todo pareció posible; 5. La travesía del desierto de los falangistas; 6. Renacimiento falangista; 7. Solís Ruiz y la Falange de los años sesenta; 8. El populismo de la trayectoria falangista; 9. Referencias bibliográficas.

Hay una definición de los rasgos del populismo de José Álvarez Junco (1994) que sigue siendo válida a pesar de los años, aunque la han sintetizado y actualizado aportaciones más recientes como la de Federico Finchelstein (2019). Viene a decir que el movimiento que podemos calificar de *populista* se hace en nombre del pueblo para acabar con los privilegios de nacimiento o de casta, reclamando el establecimiento de una auténtica igualdad de trato para todos los ciudadanos. Pero ello no se hace partiendo del socialismo de la II Internacional, sino que apela a las clases medias, reivindica al hombre común y denuncia a los dirigentes sindicales y políticos, incluidos los socialistas y obreristas, como parte de esas mismas esferas de poder. Además, las promesas de bienestar para los desfavorecidos, ajenos a los privilegios, van unidas al factor nacional, pues el nacionalismo impregna el discurso de todo populismo: la igualdad sería una exigencia patriótica, no de clase. Esa bipolaridad de «pueblo» frente a «bloque de poder» es la clave del fenómeno populista, en un intento de lucha por algún tipo de profundización democrática que suponga un real empoderamiento de la masa popular supuestamente preterida hasta ese momento, pero que en la práctica critica una formalidad democrática o legal de carácter liberal que estaría viciada por los mecanismos de los poderosos para perpetuar su influencia. De ahí que sea necesario un corte histórico, la aparición de una figura singular o un hecho revolucionario que desencadene esa reacción del pueblo. Por ello mismo,

en todo movimiento populista hay un fuerte perfil autoritario y personalista, que facilita la aparición del caudillismo y del culto a la personalidad, y también un discurso excluyente del resto de movimientos, partidos o fuerzas, en la medida en que la propia sería la «auténtica» voz del pueblo. Todo ello supone un riesgo evidente para el pluralismo político y la convivencia democrática. Este eje pueblo/antipueblo, junto con la existencia de una personalidad decisiva y que dice encarnar ese impulso de justicia en nombre del pueblo, son las dos más claras trazas de populismo.

El populismo tiene una ambición totalizadora en la medida que estar al margen del nuevo movimiento supone estar en contra del pueblo, lo cual no quiere decir que todo populismo lleve a una dictadura o que elimine al resto de fuerzas. Pero la tensión siempre está presente y en América Latina hay una serie de casos clásicos que muestran esa dificultad de combinar movimiento de vocación integral con un efectivo pluralismo político, cada uno con sus peculiaridades y fases de evolución. En todo caso, el discurso de estos populismos se dice al servicio de la modernización y mejora de la nación y del pueblo que la integra. Una de las razones del fuerte apoyo popular de estos movimientos es porque recogen la aspiración de mejora de la gente y le prometen un nuevo horizonte, con lo que le proporcionan una perspectiva de cambio, a veces excesiva y sin base racional, que le hace sublimar la realidad actual y le dota de un potente objetivo, ligado a los valores de quienes promueven estas salidas.

Los movimientos populistas latinoamericanos del siglo xx están todos influenciados en su nacimiento por el fascismo, pero se desarrollan en un contexto en donde la presión de Estados Unidos deja poco avance al fascismo y singularmente a la influencia alemana, a partir de la llegada al poder de Hitler; y luego siguen existiendo tras 1945, cuando el fascismo ha perdido toda legitimidad política. De ahí que su camino se diferencie de los fascismos históricos, aunque quedara de ellos la retórica inicial contra los grandes propietarios y el capital, contra el poder establecido de las oligarquías y, en el terreno simbólico, el uso de los uniformes, el culto reverencial al líder y, en general, una fuerte componente emocional de la política que mantiene una dialéctica que intenta ser tercerista, ni de derechas ni de izquierdas, al margen de los grupos políticos tradicionales. De hecho, estos populismos pactan con los sectores establecidos para mantenerse en el poder, mientras mantienen una retórica de base social y antisistema.

Ernesto Laclau (2005) modernizó el análisis desde una perspectiva marxista y dio una visión positiva del populismo como una forma de movilizar a sectores de la población, concediéndole categoría de motor del cambio sociopolítico en determinados contextos. Federico Finchelstein, un reciente estudioso del fascismo y del fenómeno populista, presenta al populismo moderno como «una forma de democracia autoritaria que originalmente surgió como una reformulación de posguerra del fascismo» (Finchelstein, 2019, p. 115). Es decir, presenta al populismo como una adaptación del fascismo a un contexto de triunfo de las fórmulas democráticas liberales europeas de posguerra.

Es evidente que el moderno populismo guarda relación con el fascismo pues nace con este, pero difícilmente podemos encontrar en el fascismo italiano o en el nazismo alemán el momento inaugural de las fórmulas populistas. De hecho, el fascismo forma parte de un ciclo populista ligado al establecimiento de la sociedad de masas, pero difícilmente se puede calificar como «el populismo» por antonomasia. El fascismo está en otro plano histórico, el de la Europa de los años treinta, en donde triunfan fórmulas de totalidad, que no dejan nada al margen y que suponen la identificación entre el estado y la causa ideológica. En el populismo posterior a 1945 este afán se da en un contexto en que no es posible esta noción de totalidad, aunque la idea de monopolio de la encarnación de los intereses de la patria no es ajena en absoluto a la organización, ya que su desarrollo se produce más allá del periodo de los fascismos clásicos (Antón Mellon, 2012).

1. FASCISMO COMO POPULISMO

Podemos decir pues, a tenor de lo anterior, que de la lista de populismos históricos, uno de los clásicos es el fascismo: habla en nombre del pueblo; se erige contra el sistema y sin embargo nace o tiene sus conexiones con este, que le sirve para eliminar a sus competidores. Hace de la simbología de masas uno de sus elementos de referencia; utiliza uniformes, colores, ritos identificativos que suponen un mecanismo de atracción de la población y que crea lazos de interdependencia. Hace apelación a las emociones, haciendo de esa emotividad y el sentimentalismo un elemento de identificación con la nación, con los dirigentes y con los elementos ligados a la historia del país.

Es difícil que el populismo se pueda desarrollar como movimiento importante sin estar en un momento de movilización de masas, de alteración del *statu quo*, porque es una forma de encauzar la crisis. En el caso europeo, el impacto de la Gran Guerra por la experiencia bélica, pero también la implosión del viejo mapa imperial y nacional y la influencia de la revolución rusa y las expectativas y temores que levantó, explican esta tensión social, esta percepción de momento decisivo en la continuidad nacional y vital de las viejas naciones europeas (Gerworth, 2017).

El influjo, además, de los fascismos históricos va a dejar una huella importante porque el secreto del éxito del fascismo y de su ideología es «el simplismo y esquematismo de su fórmula, un instrumento de reducción de la complejidad de lo real, capaz de producir el milagro de reeducar las cosas más complejas e intrincadas en una unidad simple y eterna que daba la ilusión a los individuos de poder dominar la historia» (La Rovere, 2008, p. 281).

El fascismo era el instrumento político para resolver la crisis de entreguerras, el desgaste del viejo estado liberal, la movilización obrera y socialista y los temores que desencadenaba; también servía como rechazo ante la formidable amenaza de

un régimen como el soviético para las rancias estructuras sociales aún con rastros del antiguo régimen (Mayer, 1981). Además, se manifestaba como un movimiento joven, renovador, al hilo de la filosofía vitalista y organicista de la época, superador de las miserias y formalismos decimonónicos. De ahí que la expresión «nuevo estado» la encontremos en España, en Portugal o en Italia. Era lo nuevo frente a lo viejo; lo renovado frente a lo caduco; la juventud frente a la vejez periclitada. Parecía un mandato del nuevo tiempo superar el viejo orden burgués en el orden político, igual que hacían en el plano artístico o literario Marinetti o Ernesto Giménez Caballero, mientras se miraba a los valores del pasado, sobre todo nacionalistas, y la existencia de un enemigo exterior e interior se convertía en la razón de ser del país. De ahí que tuviera capacidad de atracción de socialistas y de gente muy distinta a la derecha conservadora porque muchos veían en él potencial, lenguaje y emoción revolucionaria (Saz, Box, Morant y Sanz, 2019).

El primer fascismo, el italiano, tiene la ambición de ser antisistema, ejemplificada en la *Marcia su Roma*, el desprecio a lo establecido. Pero a la vez se identifica con los valores nacionalistas, del orden y la propiedad, y despliegan un anticomunismo visceral, aunque manejen también gestos, banderas y vestimenta opuestos a la apariencia burguesa. La utilización desacomplejada de la violencia es otra manifestación más del desprecio hacia esa formalidad burguesa o liberal. La Gran Guerra, la crudeza de la toma del poder por los soviets o la intensidad de las luchas sociales hacía que no hubiera mucho espacio para un discurso contrario a la violencia. De hecho, la guerra se percibe como la partera de los grandes cambios, como el revulsivo frente a los adocenados y aún inmersos en el superado lenguaje del parlamentarismo decimonónico, percibido en ese momento como inane frente a grandes proyectos de reedificación del ser humano como el comunismo soviético o el propio fascismo que se construye como réplica ante el primero. En definitiva, el fascismo era un movimiento de su tiempo. Sin embargo, como quedó claro hace muchos años (Blinkhorn, 1990), su llegada al poder se hizo de la mano de las élites conservadoras y de orden, con su apoyo económico, y de ahí salieron sus principales apoyos electorales y sociales. La marcha sobre Roma, pero también la formación del primer gobierno con Hitler en la cancillería alemana, evidencian esa dependencia inicial de los conglomerados económicos, políticos y religiosos conservadores, acomplexados por los nuevos tiempos y temerosos de la *inevitabilidad* de la revolución *roja* predicada por Carlos Marx.

En este sentido, por tanto, podemos decir, sin mucha duda, que los fascismos históricos tienen elementos claramente populistas, y que estos son una de las claves de su avance en la calle y en las urnas (en el caso alemán). Desde luego, la identificación entre fascismo y nación muestra cómo el elemento nacionalista es central en el ideario del fascismo. De hecho, en el caso alemán, se llega a sustituir la bandera nacional por la bandera del partido, de tal forma que quien se opone al movimiento fascista, se opone también a la nación. En parecidos términos el

fascismo italiano se identifica con la Roma clásica pero también con el avance en la construcción de un eficaz estado italiano que restaure la grandeza nacional. Es, por lo tanto, una religión política utilizando esa sacralización de la política de la que habla Emilio Gentile (2007), con lo que queda grabado a fuego en amplias capas de la población. Haberse formado en el fascismo deja una huella que empapa los elementos básicos de una persona, algo seguramente ligado a la «sed de absoluto» (La Rovere, 2008, p. 361) que supone esta doctrina y que ofrece a las generaciones que despiertan en esos momentos a la vida política una noción de totalidad llena de atractivo y de fuerza, en un contexto de decadencia del viejo liberalismo político, de incertidumbre ante los cambios sociales y políticos, de desaparición y creación de naciones y de una fuerte sacudida social entre modelos contrapuestos. Ese sentido de aparente integridad (que esconde, sin embargo, la supresión violenta de una parte de los sujetos políticos y de otros relatos de la nación y de la sociedad) es quizá lo que también obliga a un discurso populista que reclama para sí la encarnación del carácter esencial de la nación. Quizá eso es lo que hace tan difícil tras 1945 transitar desde el fascismo hacia fórmulas democráticas y liberales de quienes fueron expuestos a esta doctrina.

Las organizaciones del encuadramiento fascista buscan socializar y controlar a sectores hasta el momento ajenos a quienes intervenían habitualmente en la vida política, es decir, hombres adultos mayoritariamente maduros. Se dirigen a niños y adolescentes, mujeres, y colectivos (obreros, grupos sectoriales-corporativos) a los que les prometen una nueva capacidad de influencia frente a la clase política urbana e identificada con lo establecido. Con ello profundizan en esa sensación de renovación de élites que es en parte real, aunque, por otro lado, siguen escogiendo entre los miembros de las clases altas o asentadas socialmente a una parte significativa de sus dirigentes.

Pero, en este contexto europeo, ¿cuál es la peculiaridad del fascismo español?

2. LA PECULIARIDAD DEL FASCISMO ESPAÑOL

El fascismo español de los años treinta es el que se da durante la República: el grupo de *La Conquista del Estado*, las JONS, Falange Española... es decir minorías de jóvenes radicalizados inspirados por el fascismo italiano y pronto por el movimiento nazi, subvencionados por los sectores monárquicos recalcitrantes para alentar la inestabilidad durante la República mediante el uso indiscriminado de la violencia callejera contra la izquierda y los sectores moderados o demócratas, siguiendo el ejemplo italiano. A esas minorías se unirán sectores progresivamente fascistizados provenientes, por ejemplo, de las Juventudes de Acción Popular de la CEDA (JAP) y que utilizan un mensaje difícil de diferenciar del de los fascistas europeos con los que comparten lenguaje y poses populistas. Son fascismos modestos, débiles,

pero que buscan el mismo tipo de progresión e influencia que las de sus colegas europeos. Ramiro Ledesma Ramos representa bien ese tipo de liderazgo: desde la modestia de su procedencia social, sectores intelectuales desclasados y proletarizados pugnan por crear una alternativa antimarxista y a la vez con vocación de barrer toda la miseria del viejo orden establecido. Por eso no son monárquicos; por eso desprecian el periclitado sistema de la Restauración y a sus hombres, pero el orden y el militarismo les fascinan. Algunos, los más mayores, provienen de la Juventud Maurista (Ruiz Carnicer, 2015), pero su entorno, parte de su militancia y de su amparo viene de los hombres de la dictadura primorriverista.

Es la violencia política el elemento nuevo, hecho al margen del Estado. Es Valle Inclán quien primero habla de unos «pollos de gabardina» en *Martes de carnaval*, que se dedican a aporrear a la gente en un tumulto. Posiblemente sean seguidores del Dr. Albiñana, el peculiar líder del Partido Nacionalista Español. Esa violencia es presentada como algo catártico, purificador, frente al adocenamiento del viejo modelo restauracionista. Es el predominio de la acción, algo también muy populista, pues la reflexión intelectual, la discusión parlamentaria, son presentados como parte de un liberalismo decimonónico que habría llevado a la ruina a las clases populares mientras los sectores establecidos se beneficiaban. Frente a ello, la emoción, la acción, la rapidez, el desafío.

Cuando José Antonio Primo de Rivera presenta en octubre de 1933 en el Teatro de La Comedia el nuevo partido Falange Española, en torno al cual se van a ir fusionando los movimientos previos comentados, se estaba manifestando el fuerte peso de la influencia del fascismo como fenómeno de moda en Europa. La fascistización de los sectores conservadores va a ser un hecho, y la capacidad de atracción de los jóvenes por el nuevo movimiento va a ser también evidente, lo que no quiere decir que el fascismo sea un movimiento de masas en España. De hecho, no es así, al no obtener nunca escaños como tal Falange (José Antonio será diputado por Cádiz en la segunda legislatura presentándose por un pequeño partido llamado Unión Agraria y Ciudadana). Los sectores que acabaron perpetrando el golpe del 18 de julio encuentran más apoyos en los sectores fascistizados de la CEDA y el Bloque Nacional de José Calvo Sotelo que en los escasos falangistas que, sin embargo, sí que lograron atraer en esos últimos meses la atención de quienes rechazaban el triunfo del Frente Popular. El estallido de la guerra civil llevó a la conversión de falangistas y carlistas en el referente entre el sector civil insurgente y transformó la escuálida organización en un aparato potente —aunque subordinado a los militares en lo que es la organización y despliegue del golpe y en las tareas militares de la guerra— y responsable de una parte significativa de los *paseos* y ajustes de cuentas desde el lado franquista de ese verano caliente de 1936.

El nacimiento de FET y de las JONS el 19 de abril de 1937 por el decreto de Franco como partido que unificaba todas las fuerzas políticas que apoyaban el levantamiento militar antirrepublicano del 17 y 18 de julio tiene un carácter ambivalente:

por un lado, supone el establecimiento de un partido único al que forzosamente eran incorporados los seguidores del bando rebelde, con lo que se diluía la componente original del partido; por otro, el nombre de Falange era el que absorbía al resto de fuerzas a la vez que se iniciaba la mitificación de la figura de su fundador, José Antonio, sobre todo tras su temprana muerte por fusilamiento en noviembre de 1936, quedando entronizada la Falange como vanguardia de ese Nuevo Estado pendiente de construir.

El nuevo partido, aderezado con la «T» del tradicionalismo, se convertirá en un imán para quienes querían hacer carrera dentro del Nuevo Estado aún en mantillas, además de conseguir un seguro de vida y un medio con el que participar en la situación ulterior tras la guerra. Mucho se ha escrito sobre la Falange unificada en el periodo de guerra (Thomàs, 2001; Gil Pecharromán, 2013) y mi objetivo no es ver los rasgos de populismo ni en los años de la república previa la guerra, ni durante el devenir de esta última, en donde comparte doctrina e ideas del fascismo italiano y un creciente eco del potente modelo nazi, sino detectar y analizar los rastros de populismo en el que sería único partido legal a lo largo de toda la dictadura franquista, el que acabaría con el neblinoso nombre de Movimiento y que se extiende hasta abril de 1977, ya en el alborar de la recuperada democracia en España.

¿Podríamos hablar de un «populismo falangista» dentro del régimen de Franco? El caso del franquismo es curioso porque difícilmente se puede denominar en su conjunto como un régimen populista. En primer lugar, su líder, Franco, difícilmente entra en esta categoría, por su personalidad, frialdad política y contexto de nacimiento de su liderazgo, al margen de cualquier contienda electoral en la que haya que construir una imagen y utilizar recursos de atracción del otro. De hecho, como líder político es lo más contrario al fascista esencial, Mussolini, y también a Hitler, ambos con un enorme poder de comunicación y seducción. Los rasgos que le atribuyen biógrafos como Paul Preston (1994) o González Duro (2012) no son visibles para la comunicación política: astuto y taimado; callado y reservado; frío y calculador. Él, además, aunque le gustaran las demostraciones y las multitudes que le aclamaban, no era muy dado a ese tipo de acciones, sino que entendía que era el tipo de imagen que se debía dar como parte de su aparato de control y propaganda. En todo caso, es cierto que Franco no es diferente a sus colegas alemán e italiano en el uso de la imagen y propaganda, como lo demuestran su apelación como *Caudillo* y la construcción de todo un culto a la personalidad. Conforme se iba haciendo mayor irá mostrando su faceta más suave de «padre de la patria», «artífice de La paz», abuelo de todos los niños... pero siempre en la misma línea de encarnar en su persona el estado nacido de la guerra civil (Sánchez Biosca, 2002-2003).

El partido único, *el Partido*, como se le denominó en los años de la inmediata posguerra, tiene su peculiaridad al no ser el original, sino una criatura *Frankenstein* creada desde arriba con Franco a partir del partido de José Antonio, enriquecido por todos los movilizados en la guerra, con la doctrina falangista como referencia

pero en el que estaban los reaccionarios de Calvo Sotelo, los católicos más o menos conservadores, los fascistizados de la CEDA, los carlistas, los simplemente franquistas que se encontraron identificados con uno de los bandos y el resto de gente que acabó allí como parte del contexto de sangre y furia que propició su identificación política en ese momento. Esta amalgama de personalidades variadas y artificiosas las encontramos también en los casos italiano y alemán, pero la guerra y los rasgos de la procedencia política de Franco le dan unos rasgos específicos que no le alejan de los fascismos históricos, pero le dotan de peculiaridad, aunque la mayor sea su larga duración una vez terminada la guerra mundial.

En Falange encontramos una debilidad organizativa típica de un partido de aluvión constituido en circunstancias extremas, con el líder original muerto, como lo estaban una buena parte de los primeros dirigentes históricos. El nuevo jefe, ajeno a la tradición de Falange, no era sino un militar africanista, endiosado por la guerra y las circunstancias. Pero todo esto no impide que FET-JONS comparta los rasgos generales de los fascismos y, por lo tanto, el populismo estructural inherente a ellos.

Precisamente por estas circunstancias diferentes, por la tragedia de la guerra y la situación singular posterior a 1945, el sujeto del populismo no sea FET y de las JONS como aparato de partido y bloque oficializado de militantes, sino los llamados *azules*, los falangistas, los que se identificaban, fueran camisas viejas o nuevas, con la herencia joseantoniana y con los derrotados en la segunda guerra mundial.

Vamos a recorrer los distintos momentos en los que podemos considerar que aflora un populismo que a lo largo del tiempo desarrollan los falangistas y que está ligado a la peculiar relación con este de los que aparecían ante el exterior como principales inspiradores de la política franquista. De hecho, el franquista era un régimen oficialmente etiquetado como nacionalsindicalista pero en cuyo seno, desde casi los inicios, los falangistas sufrieron la contradicción de no poder desplegar su propio programa político, presionados —y a veces despreciados— por sus compañeros de viaje del 18 de julio, los monárquicos reaccionarios y los conservadores autoritarios que fueron el grueso de la contestación antirrepublicana, dependientes siempre de la voluntad de Franco, que se convirtió muy pronto en el árbitro entre los distintos sectores del régimen. Por todo ello, los falangistas alimentaron, como lo hicieron en parte los sectores radicalizados del fascismo italiano de los años treinta (Parlato, 2000), una sensación de «revolución pendiente», que es la expresión en que se materializó esa sensación de que les habían robado «el futuro», aunque desde luego no el pasado ni el presente, bien asentado y funcionarizado en muchos casos. Es decir, que el régimen del 18 de julio necesitaba una «segunda revolución», una transformación que culminara los objetivos sociales y políticos previstos por el discurso de la Falange de preguerra. Ahí aparecen los términos de la «vieja guardia», los «camisas viejas» y, en general, la contraposición entre los falangistas «de primera hora» y los que se sumaron tras el 18 de julio. Además, el hecho de que para hacer política hubiera que estar nominalmente afiliado a FET hizo que

incluso la militancia y el compromiso falangista se midiera no por la tenencia del carnet o el ejercicio de un cargo, por mucho que se vistiera la camisa azul, sino por las ideas que se manifestaban, los medios y entornos en que se desplegaban y la red de amistades o redes en los que uno se incluía. Los falangistas, a lo largo del régimen, no se sentirán meros afiliados al Movimiento, sino que se identificaban con José Antonio y los líderes históricos del fascismo de preguerra y, por ello, alentaban una tradición política propia, al margen o dentro de las estructuras de Movimiento. De ahí saldrán los movimientos puristas y de denuncia de la mediocridad y vaciedad del Movimiento de la segunda mitad de los años cincuenta y sesenta.

Esa sensación de fracaso de esa «minoría», era compatible con ocupar puestos de la administración, el control de muchos y destacados medios de difusión y la omnipresente simbología falangista en la calle, los uniformes y el formulismo del régimen: hasta avanzados los años sesenta los documentos oficiales del inmenso aparato movimentista concluían todos con la fórmula «Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista». De ahí la dificultad de hacer compatible el discurso victimista de la Falange traicionada o aminorada o sometida o en sordina con esa omnipresente falangización formal del edificio del régimen. Los falangistas, tanto los históricos como los que se identificaban con esa tradición puramente fascista de un pasado que no fue, iban teniendo la creciente sensación de que eran incapaces de (o, mejor dicho, de que se les impedía) conseguir un régimen auténticamente fascista o, en todo caso, inspirado en los presupuestos falangistas, por culpa del peso de los sectores tradicionales como el Ejército, la Iglesia y la «derecha» que, identificada con los sectores políticos católicos, estaba decidida a frenar la «revolución» que los falangistas representaban (Gallego, 2014).

Esta actitud fue siempre la raíz última del populismo de los falangistas de Franco: la sensación de fracaso por no poder controlar todo el aparato del estado y la frustración de sus expectativas. La causa era el peso de los otros sectores del régimen y, de una manera relevante, las coyunturas internacionales (la pérdida de la guerra por el Eje en 1945; el aislamiento diplomático posterior que obligó a la desaparición casi total de la presencia pública del falangismo; luego los acuerdos con los Estados Unidos en 1953 y toda la dinámica de guerra fría que imponía una alianza con «los antiguos verdugos» de Alemania; a continuación la decisión del restablecimiento efectivo de la monarquía en la persona de Juan Carlos de Borbón...). Todo fue leído como una postergación de esa soñada fase ulterior, en la que esa *savia* auténtica del 18 de julio daría sus frutos. En definitiva, el caldo de cultivo perfecto para una apelación continua a la potencialidad de Falange como superador de las debilidades y carencias del régimen, que serían producto del resto de facciones que operaban en su seno, y que hacía que se presentaran ante la población como los sacrificados, las víctimas y, a la vez, la única promesa posible de futuro viable en torno a unos valores compartidos por el pueblo. Todo este argumentario dará pie a un discurso populista peculiar, que suponía un reconocimiento de la debilidad propia

y a la par un intento de reinvención a lo largo del tiempo. No en vano, las distintas *falanges* que encontramos forman parte de un ciclo repetido de reinvención-lucha-derrota-reinvención, que alimenta varias generaciones de quienes se dicen falangistas a lo largo del régimen franquista y que hace posible también su supervivencia y su adaptación a tiempos distintos. La razón fundamental para que un más que merecido descrédito no minara definitivamente la opción falangista es su pervivencia dentro del aparato del estado hasta el final, el mantenimiento de mecanismos de socialización dirigidos a las nuevas generaciones, una densa red de medios de comunicación y, por supuesto, la voluntad de Franco de no dar por cerrado el falangismo como opción política, ya que sabía que siempre le serían fieles y apoyarían todas sus decisiones, más allá de algunos pruritos críticos puntuales, ya que no tenían posibilidad de supervivencia alguna sin el apoyo del dictador.

Esta dinámica es el producto, pues, de la propia debilidad de las bases falangistas durante los años de la República, ya que su virulento crecimiento sólo se hizo posible con la guerra, con la enorme movilización y shock que supuso, y su consolidación fue producto de la ocupación del estado a muchos niveles y la protección del dictador. Y también por el discurso basado en la sentimentalidad producto de la guerra, en el que los Caídos, como decía la retórica falangista, velaban por ellos «desde los luceros» y les daban alimento político, cultivando un culto a la muerte también característico de los fascismos.

La Falange de Franco demostró en distintos momentos que era capaz de estar en el poder y, a la vez, elaborar un discurso de crítica hacia el propio régimen, salvado el hecho de la identificación con los triunfadores en la guerra y la posición indiscutible de la figura de Franco. En efecto, nunca se pone en tela de juicio a Franco, ni la victoria, ni la necesidad de colaboración con otros sectores alzados; pero siempre se mantendrá la idea de que era necesario completar esa hipotética conquista definitiva del poder, lograr la aplicación de una agenda propia y el control pleno del régimen por los joseantonianos. Vamos a repasar esos momentos, y lo que tienen de elaboración de un discurso populista, cuyo uso tiene también mucho de estrategia de supervivencia a veces, otras de lucha por la influencia y el poder. El objetivo era hacerse con el control absoluto de las políticas del franquismo que les permitiera demostrar que los falangistas eran los auténticos defensores de los intereses de la población y consolidar su posición cara al futuro.

3. FALANGE UNIFICADA, FALANGE TRAICIONADA

Ya durante la guerra, con motivo de la unificación del 19 de abril de 1937, sucede la primera defección de una Falange sometida al torbellino del conflicto, con sus líderes originales muertos o ausentes. Franco, consciente de la necesidad de unidad en el ámbito político para lograr la victoria militar, crea una estructura de

partido único, a la imagen y semejanza de los fascismos que le apoyaban, e impone una unificación de todas las fuerzas. Los falangistas la contemplaron como un triunfo nominal, pero a la vez como el inicio del sometimiento a los deseos de Franco y del nuevo estado naciente. Esa unificación forzada estará unida a la detención de Manuel Hedilla, Jefe Nacional de Falange —dando así también nacimiento a la mitificación de la Falange obrerista, pues Hedilla era de origen humilde y mecánico de profesión— y la purga, muerte incluida, de un militante falangista (Thomàs, 2014; también Morente, 2005). Hedilla y su condena y luego ostracismo de por vida en el franquismo sería la mejor representación de esa preterición de la Falange «auténtica», obrerista y revolucionaria y origen del mito romántico de la revolución pendiente: es decir, una Falange obrera, pura, que hubiera construido una revolución mucho más alineada con los nazis, por un lado, y con una clara veta social, por otro. Todo queda en manos de Franco. Como se gana la guerra, todos estos sentimientos contrapuestos van a quedar a un lado, pero es un claro momento de nacimiento de ese discurso doble. La eterna aspiración al poder completo. El régimen de Franco acaba siendo un compromiso en el que los falangistas se revuelven incómodos en la inmediatez posguerra, aunque ocupen poltronas y puestos sin mayor problema y sean unos beneficiarios políticos, económicos y sociales directos de la victoria.

También durante la guerra, el tema del salvamento de José Antonio será utilizado, como una demostración del escaso interés de Franco por proteger al fundador, luego convertido en Ausente. El mito del Ausente tiene todos los ingredientes del populismo: apelación a la emoción; la idea de alguien con gran potencia política e interés social que reaparecerá y que reconducirá la victoria obtenida por los militares hacia unos contenidos sociales y políticos mucho más ambiciosos. Se hacen coplas, circulan presuntas cartas de él, los rumores se extienden de que ha sido visto en distintos pueblos... hasta que se reconoce oficialmente su fusilamiento (Thomàs, 2017, pp. 393 y ss.).

Sin embargo, el impulso bélico lo es todo y la victoria calma toda la sed de poder, dispuestos a obtener ahora la recompensa por su papel de vanguardia en el desgaste del estado republicano y su protagonismo en la represión en la retaguardia.

4. TODO PARECIÓ POSIBLE

La Falange de posguerra está llena de grandilocuencia y altanería, de soberbia y de deseos de ocupar las mayores parcelas de poder posibles. La razón de ello está en la identificación con los fascismos europeos y sus rapidísimos avances militares por Europa desde el estallido de la guerra mundial en septiembre de 1939. Están del lado de los vencedores. La caída de París en el verano de 1940 será un momento especialmente relevante y el enconamiento hacia las embajadas

aliadas, especialmente la británica eran una demostración del deseo falangista de entrar en la guerra para participar ardientemente en la construcción de la victoria del fascismo europeo y recoger los réditos políticos quienes más próximos estaban al ideario triunfante en las trincheras. Esa es también la Falange de personalidades como Pedro Laín, Antonio Tovar y Dionisio Ridruejo, el *gueto al revés* que decía Laín (otra expresión que delata el victimismo soberbio de esos falangistas) o grupo de Burgos forjado en la guerra, que aparecerán como los guardianes de las esencias falangistas y cuya aspiración era definir intelectualmente, vertebrar políticamente y regimenter socialmente a España, como mejor encarnación del orden nuevo que se avecinaba. La revista *Escorial* (Morente, 2013; Sesma, 2017) era un buen ejemplo de este espíritu, pero también lo fueron *Vértice* o las primeras revistas del SEU de posguerra como *Haz* (Ruiz Carnicer, 1996). Frente a un autoritarismo conservador, al que se le reprochaba aún el accidentalismo de la CEDA, o el escasamente moderno clericalismo nacionalcatólico o, menos aún, el tradicionalismo decimonónico y monárquico de los forzados socios carlistas, los falangistas parecían encarnar la modernidad, el momento histórico, y eran la contraparte natural en España de las fuerzas que aparentemente dominaban o iban a dominar el mundo a esas alturas de la guerra. La estampa de esos dos primeros años de régimen es de una gran presión en la calle y en los despachos, especialmente de los falangistas más dinámicos (con figuras como Enrique de Sotomayor en el primer Frente de Juventudes o el sindicalismo de Gerardo Salvador Merino) y de los *mandos* que campeaban por hacerse fuertes frente al resto de sectores. Esa energía va a ser reorientada hacia la División Azul y hacia la construcción de las nuevas organizaciones de encuadramiento como el Frente de Juventudes, el aparato sindical vertical (Central Nacional Sindicalista), además de la configuración de una red en cada provincia de gobernadores civiles y jefes provinciales del Movimiento, que se conjugaba con la presencia azul en ayuntamientos y diputaciones, en dura competencia en muchas ocasiones con sectores procedentes del catolicismo político o del Ejército o las élites locales tradicionales.

La evolución de la guerra mundial es fundamental y marca los tiempos, especialmente desde 1943, cuando la caída de Mussolini y el claro giro de la guerra a favor de los aliados hace que los falangistas pasen a estar en una actitud defensiva en lo político y agresiva en la calle: es la época en que se les da aceite de ricino a los profesores e intelectuales monárquicos que firman manifiestos y cuando buscan reafirmar violentamente en las zonas más «rojas» el papel irrenunciable del Partido. En realidad, los falangistas se tomaron en serio las posibilidades de Falange y ese estado alineado con el Eje y ahora veían la dificultad de culminar el sueño. El recelo del resto de grupos, especialmente de la Iglesia y una parte del Ejército, la propia prudencia de Franco y, sobre todo, la evolución de los acontecimientos mundiales, frustraron esa convicción de que el tiempo siguiente era suyo (Thomàs, 2016). Desde ese otoño de 1943 en donde se evidencia el retroceso progresivo de Alemania, los discursos de los dirigentes falangistas toman distancia con los fascismos, no así sus bases, y van

asumiendo la necesidad de defender sus posiciones desde una mayor cautela, como demostrará en esos últimos meses de guerra José Luis de Arrese, el secretario general del partido hasta su cese en el verano de 1945. Las circunstancias de posguerra con la derrota de Alemania, la criminalización del fascismo, el triunfo de los aliados, la configuración de un nuevo orden mundial en torno a los vencedores, dejaron a Franco a expensas de los aliados y a los falangistas en una posición defensiva que evidenciará su nueva situación de debilidad, que ya nunca abandonaron.

El grupo de Burgos, con Laín a la cabeza, permanecerá desde entonces en un plano más discreto, consolidándose profesionalmente salvo Ridruejo, y van a estar desligados de la acción política directa, pero van a mantener siempre una actitud de cierta decepción y distancia, cultivando una sensación de «Falange en la espera», pero a la vez defensores del régimen de Franco y beneficiarios de sus privilegios e influencia. Su identificación con el estado de cosas de la dictadura es evidente y cuando los años cincuenta traigan una nueva oportunidad para estas personalidades de la mano del Ministerio de Educación Nacional de Joaquín Ruiz Giménez, la aprovecharán accediendo a puestos académicos de notable proyección política, como es el caso muy claro de Laín Entralgo desde su rectorado en Madrid. Su alejamiento se producirá desde finales de los cincuenta, frustrada la aventura aperturista, y se consolidará en los años sesenta, cuando el régimen muestre que carece de proyecto futuro y se utilice la represión contra los jóvenes, las nacientes organizaciones obreras, etc. Laín, de hecho, será uno de los símbolos de la transición y de la integración en el nuevo sistema político democrático a la muerte del dictador.

El resto de dirigentes y personalidades falangistas sobrevivieron también en sus ámbitos funcionariales y profesionales, viviendo ese clima de fin de época y de pérdida de sus ilusiones juveniles. Lo que sucede a continuación de 1945 se puede resumir en dos hechos igualmente sólidos y que van a marcar la actuación de los falangistas hasta 1975. En primer lugar, Franco salva al régimen del 18 de julio de caer junto con los fascismos europeos. El régimen sobrevive. Y aunque Falange se quede oscurecida, sin ministerio, en manos de un hombre sin carisma, Rodrigo Vivar Télliz, juez de profesión, ésta sigue existiendo y, lo más importante, los puestos de trabajo, bajos y altos, la presencia en los gobiernos civiles y el aparato administrativo sindical y político en cada rincón de España, y toda la infraestructura del partido sigue existiendo, en sordina hasta que de nuevo aumente su visibilidad desde 1951. Por ello, la Falange le debe todo a Franco y ello lo pagará aceptando aspectos que iban contra ese esencialismo y purismo de que hacía gala en los primeros años de la dictadura: conversión de España en reino en 1947; acuerdo con los EE. UU. en 1953, pero con los que hay conversaciones desde 1949; acuerdo con la Santa Sede, con lo que supone de reafirmación y autonomía de la Iglesia frente a las ambiciones del Partido; imposición de la presencia de hombres fuertes de catolicismo político en el gobierno, el más significativo de ellos Alberto Martín Artajo, pero también Joaquín Ruiz Giménez y Fernando María Castiella, en carteras muy importantes.

En segundo lugar, y por todo esto, Falange y los falangistas cultivaron en distintos momentos una actitud que, sin poner nunca en cuestión la fidelidad al levantamiento del 18 de julio y a la figura de Franco, intentaba marcar sus diferencias y reafirmar su proyecto político ante los españoles. Para ello se utilizarán la facilidad de acceso a Franco y los contactos en las alturas y, a la vez, la movilización de una base que trasladará el malestar o esa visualización de Falange como un elemento alternativo.

Estos dos elementos, dependencia de Franco y propósito de defensa de un programa propio en el seno del régimen son dos constantes en la historia de los treinta años siguientes de dictadura y ayudan a entender el papel de los falangistas y la tensión contradictoria que encontramos en distintos momentos en su seno, y que se manifiesta en el cultivo de un populismo que reivindica a Falange como la encarnación de la auténtica voluntad de los españoles. Los falangistas eran los únicos, como Solís argumentaba ante los opusdeístas en los años sesenta, que contaban con una base social propia de militantes.

5. LA TRAVESÍA DEL DESIERTO DE LOS FALANGISTAS

Los años 1945-51, especialmente el bienio 1947-48, son los años de preterición formal de Falange. Con unos presupuestos redimensionados hasta el mínimo, permitiendo solo la estricta supervivencia, sin liderazgo político, con la condena internacional contra el régimen y contra los falangistas en particular, con una situación económica del país desesperada, los sectores falangistas van a defender su propio perfil, especialmente frente a los sectores católicos representados por Martín Artajo. Quedaban los medios como *Arriba* y la prensa local del Movimiento, aunque aquí el margen era escaso ante una censura de prensa ahora en manos de los sectores católicos del Ministerio de Educación; quedaban las revistas juveniles y universitarias donde protestar y defender ese perfil propio; quedaban los actos en donde, modestamente, se enviaba a jóvenes flechas a silbar y maullar ante los ministros católicos, como le sucedía a Martín Artajo cuando llegaba o se iba de los sitios; manifestaciones contra el coste de la vida o protestas ante panaderías denunciadas, como parte de ese afán justiciero que se arrojan los falangistas (Ruiz Carnicer, 1999). Se quiere trasladar que Falange está con el pueblo y contra los intereses de los usureros y empresarios entregados a la corrupción y al robo en el peso de pan. Fundamentalmente es una estrategia para que Falange no pierda peso popular y presencia. Hay iniciativas de algunos sectores juveniles disgustados con el escaso relieve de Falange. Fernández Cuesta, secretario general del Movimiento desde 1949, aunque sin categoría ministerial, intenta controlar estos grupos de base, en la medida en que también hubo episodios de crítica a los dirigentes, a los que se acusaba de no defender los intereses de las bases del partido, aunque se les

hubiera utilizado en los momentos duros del bloqueo, 1946 y 1947, en los despliegues de manifestantes contra la ONU y los países democráticos del entorno, como Francia y Gran Bretaña.

6. RENACIMIENTO FALANGISTA

El periodo que va entre 1951 y 1957 supone la reconstrucción de la fuerza y presencia de Falange. Aquí inicialmente el discurso victimista es sustituido por una gran movilización política, buscando hacerse notar mediante hechos simbólicos. Además de toda la política general de estos años desde el Ministerio Secretaría General del Movimiento, que es de impulsar a sectores juveniles y la recuperación de un discurso ambicioso, hay un hecho fundamental: el I Congreso Nacional de Falange en octubre de 1953, y especialmente la clausura grandiosa en el estadio de fútbol de Chamartín en Madrid, que supone una especie de renovada *Marcia su Roma*, como lo presenta *Arriba*, que intenta reverdecer laureles del pasado. Franco, frente a sectores políticos activos en esos años, como la llamada Tercera Fuerza, estructura en torno al juanista conservador y opusdeísta Calvo Serer y los propios propagandistas de la ACNDP, con su propia agenda, como demostró Javier Tusell (1984) hace muchos años, intentaba mantener su papel arbitral promoviendo el renacimiento falangista como forma de neutralizar a estos sectores y reafirmarse ante el exterior al permitir volver a la presencia activa a los antiguos compañeros de armas de los fascistas derrotados en Europa.

Esta Falange restaurada de principio de los años cincuenta es una Falange menos prepotente que en la posguerra, dispuesta a ganar presencia política en el régimen mediante el uso de los mecanismos de encuadramiento y la defensa de un discurso propio. Gana mucha presencia pública, volviendo a ocuparse la cartera de la Secretaría General del Movimiento en la persona de Raimundo Fernández Cuesta. Hace colosales operaciones de propaganda como el referido congreso de Falange de 1953, pero sobre todo intenta dinamizar los sectores militantes, singularmente el Sindicato Español Universitario y también la Sección Femenina y el sindicalismo hecho desde el Ministerio de Trabajo de Girón, con la extensión de las Universidades laborales, la creación de los Colegios Menores, un nuevo brío a las publicaciones e influencia social del Movimiento y todo el rearme político de esa primera mitad de los años cincuenta. Girón, ministro de Trabajo, hace un populismo directo mediante enormes subidas salariales, que enseguida eran embebidas por la inflación, y encarna, con sus desafiantes visitas a las zonas mineras y sus ardientes discursos sociales, que tan bien ha recogido Carme Molinero (2005), ese espíritu populista. Los falangistas también intentaron capitalizar el avance en las políticas sociales como la creación y despliegue del Seguro Obligatorio de Enfermedad, especialmente la creación de una amplia red de grandes hospitales en las principales

ciudades españolas que, en muchas ocasiones, tenían nombres identificados con la tradición falangista. Así intentaban patrimonializar esos avances sociales que serían el embrión parcial del futuro estado de bienestar que se desarrolla de forma efectiva ya con el nuevo régimen democrático tras 1977 (González Madrid y Ortiz Heras, 2020). En ese sentido también, no es banal la creación del Ministerio de la Vivienda, en 1957, cuando Arrese deja la Secretaría General del Movimiento tras su intento de imposición de unas leyes que iban a asegurar la influencia falangista en el diseño del régimen. Arrese es desplazado de la dirección del Movimiento, pero se crea a propósito para él el nuevo Ministerio de Vivienda, desde el que se encarnó una vez más ese ideal de políticas sociales, mediante un programa de viviendas de protección oficial que se presentaba como una acción de justicia social. La propaganda no se dejó de lado, pues esos grupos de viviendas y modestas urbanizaciones, con sus nombres, símbolos y peculiaridades comunitarias, evidenciaban públicamente esa voluntad social falangista. No es menor legado ese omnipresente símbolo en tantas casas acogidas al carácter de protegidas, en donde se insertaba una chapa metálica con el yugo y las flechas, quizá uno de los elementos estéticos más perdurables del régimen franquista.

En ese sentido, hay un mensaje muy claro en estos años, dirigido a los sectores populares y obreros, sobre el carácter social del falangismo y, por lo tanto, el intento de alimentar el discurso populista de los falangistas frente a los sectores elitistas y ligados a los intereses económicos de los poderosos, también presentes en la dictadura (Sanz Hoya, 2020). Esa idea de antielitismo será vendida por los falangistas, desde este momento, pero cada vez más definida y agrandada a lo largo de los años sesenta, una vez que el desarrollismo es una realidad ya en los años sesenta.

Esa apropiación de las políticas sociales en este periodo como aporte propio dentro del régimen tiene mucho que ver con el carácter de mutualismo parasitario que los falangistas desarrollan respecto al régimen que les acoge y al que explicitan como propio mientras denuncian su escaso margen de actuación dentro de este. Parte de esta apropiación también se hará en el futuro.

Todo el proceso que lleva hasta los sucesos de febrero de 1956 es una mezcla también de cierta radicalización de las bases y de inquietud por realizar una mayor política social. Esos primeros años cincuenta asisten a la aparición de nuevas levas de jóvenes que mostraban una inquietud marcada por la aparente mediocridad y ausencia de salidas a los problemas sociales que tenía el país. Es el propio Laín, además de otras voces académicas y universitarias, quienes señalan el cambio de atmósfera entre los jóvenes, y cómo demandan éstos liderazgo y maestros a quien seguir, y muestran inquietud sobre todo social, pero también política y cultural, frente a la falta de horizontes de un régimen cerrado y que no daba a los jóvenes oportunidades de expresarse, ni siquiera dentro de la ortodoxia. En las revistas universitarias se leían artículos con un lenguaje lleno de pasión social; se hacían representaciones de teatro universitario con obras de García Lorca o Bertold Brecht, y el

SEU daba a los universitarios canales para llegar a la realidad de la vida obrera o de la España profunda del mundo rural, como ocurre a través del Servicio Universitario del Trabajo, SUT, desde inicios de esta década (Ruiz Carnicer, dir., 2021). En todo ello se podía identificar una gran inquietud de los jóvenes, la ausencia de canales políticos de expresión y en conjunto, se podía percibir la decepción con el régimen, aunque difícilmente se podía hablar de crítica política directa. Los jóvenes socializados en los valores del falangismo rechazaban una práctica política conservadora y sin perspectiva tanto como un discurso vacuo sin acciones. El famoso grito de uno de los jefes de centuria (Fernando Elena) ante Franco («Franco, traidor») es un buen ejemplo de cómo desde los ámbitos ingenuos y puristas de estas generaciones, se culpaba a Franco de la inanidad, de la frustración de lo que se les había presentado como una revolución nacional. Las víctimas del populismo falangista eran los propios jóvenes socializados en el seno del régimen.

Los sucesos de 1956 (Hernández Sandoica, Ruiz Carnicer, Baldó, 2007, pp. 124 y ss.), con el cercenamiento de los sectores renovadores falangistas y católicos localizados en el Ministerio de Educación Nacional y la constatación de la existencia de una juventud alejada del régimen, supone la primera crisis profunda de la dictadura, porque se experimenta la ruptura de valores entre quienes hicieron la guerra y quienes se incorporaron después, creyentes en un discurso cuya falsedad iba a hacerse patente a ojos de muchos.

Es en estos momentos, cuando el hombre que había sucedido a Fernández Cuesta, el resucitado Arrese, va a hacer una última apuesta u órdago por el poder completo, al plantear ante el Caudillo unas leyes que transformaban a Falange en el elemento vertebrador de la política del régimen. Es una jugada en el vacío, parada por la Iglesia y por el propio Franco, pero que señala los límites del viejo proyecto falangista.

Eso no significó la desaparición del partido, pero sí su reestructuración y la preeminencia de un enfoque mucho más difuso de la vieja Falange, dentro de un Movimiento que se quiere identificar con todos los que en su momento apoyaron el 18 de julio y la implantación del estado franquista. Eso no significó, como veremos, que los falangistas renunciaran a mantener y reforzar su influencia.

7. SOLÍS RUIZ Y LA FALANGE DE LOS AÑOS SESENTA

En los años sesenta, la Falange no desaparece, sino que sobrevive a expensas sobre todo del enorme aparato sindical, pero pierde claramente el protagonismo ante unos sectores católicos autoritarios ligados al Opus Dei que configuran el desarrollismo tras los planes de estabilización. Aquí hay que poner en valor la figura de José Solís Ruiz, responsable de Falange desde la salida de Arrese en 1957 hasta octubre del 69, cuando el «gobierno monocolor» de los opusdeístas le orilla. Aún

volverá al puesto entre junio y diciembre de 1975, en los meses finales de la dictadura. Entre medio, estuvieron Torcuato Fernández Miranda y, brevemente, José Utrera Molina y Fernando Herrero Tejedor.

Solís tenía un plan para que Falange, con todo el apoyo del entramado sindical, que era el medio en que mejor se movía, fuera un elemento de normalización del régimen español a nivel internacional. A los sindicatos verticales españoles los compara con el Trade Union Congress inglés y quiere presentar a Falange como «la izquierda del régimen» frente a la «derecha» que sería el Opus Dei. Hay todo un programa exterior de presencia en muchos ámbitos, con vista a presentar a Falange como «la parte social» del 18 de julio frente a los sectores más cicateros socialmente.

Obviamente, no quiere saber nada con la izquierda de verdad, con los partidos clandestinos ni con los derrotados en la guerra. Pero se juega a una especie de bipartidismo, o «pluralismo limitado» que recogería Linz en su seminal estudio sobre la naturaleza del régimen, que busca influir y caracterizar el final del régimen y su sucesión, para asegurar sus opciones.

De ahí que haya sectores que, al margen del falangismo oficial, jueguen hasta 1969 con la idea de un republicanismo *light*, con una regencia en manos de un falangista mientras se denuncia el carácter explotador y capitalista de la derecha del régimen. Publicaciones como *Revista SP*, *Diario SP* (entre 1967 y 69) y otros medios estudiantiles ligados al SEU a principio de los sesenta (por ejemplo, *Nosotros*, 24 o *Marzo*) se dedicaron a publicar artículos contra la banca, denunciando el poder de la iglesia, la defensa de la enseñanza pública frente a la privada y religiosa (así se hará famoso José Miguel Ortí Bordás, por ser el *enfant terrible* de los falangistas en estos temas). Algunos tendrán querencia con la revolución cubana y con el anticolonialismo tercermundista. Es también de destacar la peculiar revista *Índice*, que, de la mano de Juan Fernández Figueroa, hizo compatible una evidente inspiración falangista con una posición crítica y abierta, que acogía a sectores de la izquierda marxista y que mostraba un interés claro por los procesos de cambio político de la izquierda internacional. *Índice* tuvo muchos problemas con la censura precisamente porque a través de sus páginas se vislumbraba una España políticamente más compleja, con propuestas diferentes y dibuja unos sectores falangistas que son diferentes a la estampa inercial de quienes ocupaban la Secretaría General del Movimiento. Episodios y hechos como éstos muestran cómo el aparato de Falange, sus muchos registros, lleva aparejada una concepción populista que hace que, aun estando en posiciones de gobierno, poder y privilegio, haya bases o sectores de los falangistas que siguen cultivando esa especie de utopía de una Falange pura. Junto a la Falange oficial, habría que hablar también de grupúsculos como los Círculos José Antonio (Ellwood, 1984) o las Falanges auténticas más o menos clandestinas o consentidas, con Arsenio Perales siempre de urdidor, y también grupos como las Falanges Juveniles de Franco, la Guardia de Franco, o la Asociación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes, que mantuvieron siempre una dinámica de

denuncia de las insuficiencias del régimen, siendo de hecho la base para una actitud de superación del franquismo en gente procedente de la Centuria 20 como Francisco Eguíagaray o Eduardo Navarro (Ruiz Carnicer, 2019a; Lazo, 2015).

Esta Falange es la que se autodenomina Falange de izquierdas por emular la idea de los «fascistas de izquierdas», como los califica Giuseppe Parlato (2000), y que fueron los que defendían una salida social y preocupada por la situación de los más desfavorecidos en la España de la segunda mitad de los sesenta, frente al modelo de la “derecha” del régimen, desarrollista y muy ligado a los intereses del capital. En medios como los citados podemos encontrar multitud de reportajes que denuncian la rapacidad del capitalismo, el fraude del modelo yanqui y la necesidad de proteger a quienes han pagado los platos rotos de todo el proceso de crecimiento económico.

Obviamente, ninguno de estos actores va a romper con el régimen, pero va a quedar ahí ese poso de denuncia, en unos momentos en que se había perdido ya la inocencia de esa juventud de los años cincuenta y difícilmente una propuesta falangista, oficial o alternativa, podía tener credibilidad en círculos de la oposición ni exterior por supuesto ni interior.

Algunos de los hombres que luego acompañan a Suárez en su desmontaje del Movimiento, se valen como argumento interno para ellos de la «traición» que el régimen impuso sobre el legado joseantoniano y la necesidad de ir a una reconciliación nacional que dé por superada una etapa que tuvo más de renuncia y de vergüenza para esos ideales «prístinos» del falangismo primigenio (Navarro, 2014).

¿Se puede hablar de populismo en este periodo? Sí en el sentido en que los falangistas insisten en que hay una agenda social aún pendiente de ejecutar que “fuerzas oscuras” no les han dejado llevar adelante. Franco va a ser siempre el hombre providencial al que no pueden renunciar y que les ha dado todo y, a la par, quien ha impedido ese ideario social y político soñado, en realidad una fantasmagoría que bebe aún de las expectativas de la guerra y de la inmediata posguerra.

Como dice Muñoz Soro (2013), el populismo de los años sesenta es el producto de una crisis política por parte de las posiciones falangistas y un intento de mantener cuotas de poder político. Ello se ve sobre todo en tres aspectos: la defensa de la vía asociacionista como forma de reforzar el régimen, el aperturismo sindical (Amaya Quer, 2013) y la Ley de Prensa e Imprenta de la mano de Manuel Fraga que, aunque no sólo era un producto azul, podía reclamar al menos parcialmente su paternidad.

Vale la pena destacar todo lo relacionado con los distintos proyectos de asociaciones políticas, porque va a ser el último gran debate político dentro del franquismo y estaba íntimamente relacionado con la renovación política del sistema y una apertura controlada de a participación. De hecho, van a ser los falangistas quienes protagonicen la discusión sobre el asociacionismo frente a los sectores más opus-deístas que veían con menos entusiasmo —era el caso de Carrero— esa presunta

apertura. Esta idea de un aumento de los canales de participación ya se había evidenciado en todo el proceso ligado a la Ley Orgánica del Estado, aprobada en referéndum en diciembre de 1966 que instauraba la elección popular de una parte de los procuradores. Los falangistas «avanzados» en torno al *Diario SP* dirigido por Rodrigo Rojo, saludaron como un avance muy importante la elección de procuradores por el tercio familiar. Y fueron bastantes los falangistas que se presentaron a dicha elección, especialmente la primera, la de 1967, como una demostración del carácter participativo del régimen. Los problemas con la gestión de estas elecciones, sus resultados y sobre todo, la actitud crítica de algunos de los elegidos (especialmente los llamados diputados trashumantes, que se reunían al margen de las Cortes para coordinar sus actuaciones) hacen que la elección de 1971 sea mucho menos ilusionante y menor la participación (Domper Lasús, 2020, pp. 192 y ss.). Pero son precisamente los falangistas los que defendieron un proceso de participación mayor siempre dentro de los cauces «orgánicos» del régimen, aunque algunos de sus miembros más conspicuos acabaron en las filas inmovilistas al filo de la muerte de Franco. Es también singular que sean falangistas como Herrero Tejedor o el propio Adolfo Suárez quienes sigan la vía «asociacionista» a partir de su aprobación en 1974 con más aplicación, como lo demuestra la puesta en marcha de la Unión del Pueblo Español (UPDE) que congregaba a los falangistas partidarios de un proceso reformista, y una de las más importantes asociaciones, además de la presencia de otros falangistas en asociaciones más identificadas con el mantenimiento del franquismo sin cambios. El asociacionismo puede verse ahora como una pura añagaza destinada a ganar tiempo, pero era otra demostración del carácter populista de ese falangismo que pugnaba por mostrar el carácter «popular» y comprometido con la población de los sectores falangistas, frente al autoritarismo elitista y frío de los sectores en torno a Carrero, López Rodó y lo que suele calificarse como sectores del Opus Dei en el gobierno.

En ese mismo sentido, y en la línea que Muñoz Soro (2013) apuntaba en su trabajo sobre el republicanismo de los falangistas y que también analiza Nicolás Sesma (2006), la lucha por influir en el futuro del régimen tras la muerte del dictador empujó a los falangistas a defender un republicanismo que no tenía relación alguna con el legítimo legado republicano del exilio, sino que era una ensoñación de los sectores reformistas y gironistas del falangismo, deseosos de controlar el futuro político del régimen, al contraponer esta fórmula con el efectivo nombramiento como sucesor de Franco del joven Juan Carlos de Borbón. Ese nombramiento se entendía que era un triunfo político de los sectores «derechistas» identificados con el bloque Carrero/Opus y con el viejo monarquismo histórico que se hacía carne en la persona del escritor José María Pemán que, con sus artículos sobre la monarquía en la página tercera de *ABC*, despertaban la furia de estos sectores (Ruiz Carnicer, 2014 y 2019a) ante lo que se consideraba una regresión histórica, de vuelta al espíritu de la Restauración y de una monarquía cortesana.

En este sentido, el tardofranquismo es un momento en que la tentación populista está también presente en estos sectores que buscan diseñar, o condicionar al menos, la sucesión de Franco. Los falangistas fueron derrotados en su pseudo-rrepublicanismo de búsqueda de una regencia de inspiración falangista, aunque su implicación en el proceso asociacionista muestra una vez más que no tiraban la toalla. De hecho, era la época en que uno de los más destacados falangistas reformistas, Manuel Cantarero del Castillo, defendía la cercanía entre socialismo y tradición falangista (Ruiz Carnicer, 2019b). Era, sin embargo, evidente el deterioro de la situación política y la actitud defensiva del régimen (Ysàs, 2004), el aumento de la incertidumbre por el deterioro físico del dictador y lo imparable de la movilización política antifranquista. El resultado será la división entre sectores cerradamente unidos a la suerte del régimen que adoptaban posturas inmovilistas, entre los cuales hay muchos falangistas veteranos, y los sectores reformistas, en donde hay también una presencia importante de falangistas más jóvenes, sobre todo de la gente de la UDPE, que van a ser los que intenten preservar su posición política y parcialmente la continuidad del legado del 18 de julio a través de un proceso de transición controlado. Pero ya no había margen para una enésima «renovación» del mensaje de los falangistas, sino la elección entre la opción del inmovilismo o el seguir un proceso de cambio que acercara España a Europa y sobre todo que superara la guerra civil mediante una efectiva política de reconciliación, lo cual era realmente incompatible con la permanencia de un falangismo que necesitaba del victimismo pero también de la existencia y protección del aparato del estado para poder pervivir (Gil Pecharromán, 2019). La rápida creación de la Unión de Centro Democrático debe mucho también a las redes azules de los falangistas reformistas en los gobiernos civiles y distintos puestos de la administración que apostaron por la adaptación al inevitable cambio político y pondrán a disposición del presidente Suárez y del nuevo sistema que estaba naciendo sus contactos y su personal político (Navarro, 2014).

Pero ese talante victimista residual se va a manifestar una vez más en la transición, cuando la desaparición del otrora partido único en abril de 1977 dé lugar a la reaparición de FE y de las JONS, la Falange Española Auténtica y otros grupúsculos que intentaban recoger para sí la referencia de un falangismo social que, diferenciado del franquismo, algunos aún creían que podía dar réditos políticos. Una parte significativa de los votantes de opciones nostálgicas —también falangistas— apoyó la opción de Alianza Popular, que dirigida por Manuel Fraga encarnaba el franquismo de la última época y representaba una forzada aceptación de la democracia pero cargada de recelo ante el proceso de cambio político (Gallego, 2008). Tras esas primeras elecciones, los sectores autodenominados falangistas no ahorraron críticas hacia la democracia de 1978 y sus insuficiencias, se condenó a Suárez como traidor a su origen y se buscó también cierta distancia respecto al franquismo buscando conseguir algunos votos. La herencia del búnker se plasmó en Fuerza Nueva,

donde había falangistas pero sobre todo sectores reaccionarios identificados con la herencia de Franco y jóvenes ultraderechistas radicalizados. No había sin embargo ya ningún receptor para estas ideas y, sin el soporte del aparato del Estado, obtuvieron un sonoro fracaso todos estos intentos de resucitar el ideario falangista (Madueño Álvarez, 2021). Hoy día, sus muy escasos seguidores siguen presentando un victimismo muy marcado y una gran dificultad para conectar con unas bases que son meramente ultras y que cuentan con opciones más eficientes a la hora de trasladar sus emociones políticas.

8. EL POPULISMO DE LA TRAYECTORIA FALANGISTA

La naturaleza populista de la práctica política de los falangistas españoles, como hemos ido relatando, es el producto, por un lado, del carácter estructural del componente populista en el discurso del fascismo, del que participa Falange y los falangistas como un movimiento producto también de los años treinta e inicios de los cuarenta. La peculiaridad del populismo falangista radica en la elaboración de un relato de los sectores falangistas dentro de la dictadura franquista que incide en la frustración de los objetivos previstos, por la peculiar composición del bloque de poder surgido tras la guerra civil, en donde Falange era sólo una sensibilidad más, aunque tuviera un predominio simbólico y aparente y, por otro lado, por el cambio en las circunstancias en Europa tras 1945, lo que convertía a los fascistas españoles en unos socios complicados para un régimen que buscaba por encima de todo su supervivencia. Por otro lado, era evidente la dificultad de construir un proyecto político de raíz fascista en un contexto de rechazo total del fascismo y de construcción del nuevo modelo democrático que se forja entre 1945 y 1955 (Conway, 2020).

Esta situación llevó a los falangistas a posiciones victimistas y a la perpetua lucha contradictoria entre la defensa cerrada del régimen y la denuncia de los aspectos que se alejarían del proyecto original falangista. La debilidad de los cuadros y dirigentes falangistas, el control que Franco siempre tuvo de la situación y el predominio de los sectores católicos en el centro del poder desde 1945, primero acenepistas y luego opusdeístas, hicieron que Falange pudiera fabricar un discurso de identificación con el pueblo y sus aspiraciones sociales. Así se presentó a lo largo de casi cuarenta años, con distintos acentos y fórmulas, como una renovada opción de modernización y conexión con una población que habría apostado por «los hombres» del 18 de julio, la peculiar «revolución nacional» que el falangismo vivió como fuente de su legitimidad, sacrificada siempre, —dirán— en aras de un régimen mucho menos generoso con ella de lo que ella lo había sido con él. Varias generaciones de jóvenes, como consecuencia de la potencia de la mitificación de José Antonio y de otros líderes históricos como Ramiro Ledesma Ramos reinterpretaron la doctrina falangista de tal forma que para muchos fue un inicio político que se avenía bien

a sus pretensiones radicalizadas y exigentes, sustentadas por el ideario original de los fascismos de los años treinta, y que permitirá a muchos hacer que aflorara su rechazo a lo existente, un desarraigo desde el que en bastantes casos pasarán luego a posiciones críticas con el franquismo o directamente antifranquistas. No es corta la relación de jóvenes antifranquistas cuyo inicio tiene sello joseantoniano y del fascismo *revolucionario* de entreguerras, y que partía de la crítica hacia el capitalismo y la democracia liberal y que coherentemente van a verse atraídos por la revolución cubana, interesados por la revolución cultural china o todas las formulaciones que van a canalizarse a partir de los propios mecanismos de socialización de la dictadura (Lazo, 2015; Ruiz Carnicer, 2019b.)

Por todo ello, Falange utiliza a lo largo del tiempo factores y elementos que además de ser populistas por estar ligados al fascismo histórico, lo son porque su posición en el régimen franquista siempre va a estar a caballo entre la identificación con el régimen, la reivindicación de un mayor peso en este, la activación de fórmulas aparentemente participativas que intentaban poner en valor la supuesta base popular del falangismo, —encarnación del pueblo verdadero frente a la frialdad de los tecnócratas—, frente a los partidarios del capital o la influencia norteamericana. Por eso, los falangistas nunca se pudieron despegar de restos de ideología populista y de estrategias populistas de hacer política, aunque con diferentes acentos, circunstancias y contextos a lo largo del régimen de Franco.

9. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez Junco, J. (1994). El populismo como problema. En Álvarez Junco, J. y González Leandri, R. (comps.), *El populismo en España y América* (pp. 11-38). Madrid: Catriel.
- Amaya Quer, A. (2013). *El acelerón sindicalista. El aparato de propaganda de la organización Sindical Española entre 1957 y 1969*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Antón Mellón, J. (coord.). (2012). *El fascismo clásico y sus epígonos. Nuevas aportaciones teóricas*. Madrid: Tecnos.
- Blinkhorn, M. (1990). *Fascists and Conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*. Londres: Unwin Hyman.

- Conway, M. (2020) *Western Europe's Democratic Age 1945-1968*. Princeton: Princeton University Press. <https://doi.org/10.23943/princeton/9780691203485.001.0001>
- Domper Lasús, C. (2020), *Dictatorship and the Electoral Vote. Francoism and the Portuguese New State Regime in Comparative Perspective, 1945-1975*. Brighton: Sussex Academic press.
- Ellwood, Sh. (1984). *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*. Barcelona: Crítica.
- Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Madrid: Taurus.
- Gallego, F. (2014). *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*. Barcelona: Crítica.
- Gallego, F. (2008). *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona: Crítica.
- Gentile, E. (2007). *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.
- Gerworth, R. (2017). *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.
- Gil Pecharromán, J. (2013). *El Movimiento Nacional (1937-1977)*. Barcelona: Planeta.
- Gil Pecharromán, J. (2019). *La estirpe del camaleón. Una historia política de la derecha en España 1937-2004*. Madrid: Taurus.
- González Duro, E. (1992). *Franco. Una biografía psicológica*. Madrid: Temas de Hoy.
- González Madrid, D. A. y Ortiz Heras, M. (coords.). (2020), *El estado del bienestar entre el franquismo y la transición*. Madrid: Sílex.
- Hernández Sandoica, E.; Ruiz Carnicer, M. A. y Baldó, M. (2007). *Estudiantes contra Franco. (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- La Rovere, L. (2008). *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo 1943-1948*. Turín: Bollati Boringhieri.

- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Lazo, A., (2015). *Historias falangistas del sur de España. Una teoría sobre vasos comunicantes*. Sevilla: Espuela de Plata.
- Mayer, A.J. (1981). *The Persistence of the Old Regime. Europe to the Great War*. New York: Pantheon Books.
- Madueño Álvarez, M. (2021). *El falangismo en la España actual (1977-2020). Historia de una escisión continua*. Madrid: Sílex.
- Molinero, C. (2005). *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*. Madrid: Cátedra.
- Morente, F. (2005), Hijos de un dios menor. La Falange después de José Antonio. En Gallego, F. y Morente, F. (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Madrid: El Viejo Topo.
- Morente, F. (2013). Los falangistas de *Escorial* y el combate por la hegemonía cultural y política en la España de la posguerra. *Ayer*, 92(4), pp. 173-196.
- Muñoz Soro, J. (2013). «Presos de las palabras». Republicanismo y populismo falangista en los años sesenta. En M. A. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1939-1975)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Navarro, E. (2014). *La sombra de Suárez*. Barcelona: Plaza&Janés.
- Parlato, G. (2000). *La sinistra fascista. Storia di un progetto mancato*. Bolonia: Società Editrice Il Mulino.
- Preston, P. (1994) *Franco, Caudillo de España*. Barcelona: Grijalbo.
- Ruiz Carnicer, M. A. (1996). La voz de la juventud. Prensa universitaria del SEU en el franquismo. *Bulletin Hispanique*, Tome 98, n.º 1, Janvier-Juin, pp. 175-199. <https://doi.org/10.3406/hispa.1996.4903>
- Ruiz Carnicer, M. A. (1999). Falange en la penumbra: FET y de las JONS entre la rebelión y la resignación, 1945-1951. En *Tiempos de silencio. Actas del IV Encuentro de Investigadores del franquismo. València, 17-19 de noviembre de*

1999, Valencia: FEIS/Departament d'Història Contemporània de la Universitat de València, pp. 257-264.

Ruiz Carnicer, M. A. (2014). Fascistas 'de izquierdas' en los años sesenta. La búsqueda de las bases populares para el proyecto de una izquierda nacional en la España de Franco. *Rúbrica Contemporánea*, 3(5), pp. 71-87.

Ruiz Carnicer, M. A. (2015). La modernidad retorcida: Raíces y origen de la cultura política fascista. En C. Forcadell y M. Suárez Cortina (coords.), *La Restauración y la República 1874-1936*. Madrid-Zaragoza: Marcial Pons Ediciones de Historia/ Prensas Universitarias de Zaragoza, Vol III de M. Pérez Ledesma e I. Saz, (dirs.), *Historia de las Culturas Políticas en España y América Latina*.

Ruiz Carnicer, M. A. (2019a). Late Spanish Fascists in a Changing World: Latin American Communists and East European Reformism (1956–1975). *Contemporary European History*, 28(3). <https://doi.org/10.1017/S0960777319000079>

Ruiz Carnicer, M. A. (2019b). The Blue Factor: Falangist Political Culture under the Franco Regime and the Transition to Democracy, 1962-1977. En M. A. Ruiz Carnicer (ed.), *From Franco to Freedom. The roots of the Transition to Democracy in Spain, 1962-1982*. Sussex Academic Press: Brighton.

Ruiz Carnicer, M. A. (dir.); Muñoz Soro, J.; Sesma Landrin, N; Criado Herrero, E.; González de Aguilar, A. y Ruiz Va, A. (2021). *Una juventud en tiempo de dictadura. El Servicio Universitario del Trabajo (SUT) 1950-1969*. Madrid: Los Libros de La Catarata.

Sánchez-Biosca, V. (2002-2003). Materiales para una iconografía de Francisco Franco. *Archivos de la Filmoteca*. Vols. I y II, n.º 42-43 (octubre 2002-febrero 2003).

Sanz Hoya, J. (2020). Fascismo después del fascismo. El proyecto falangista en los años cincuenta. En M. A. Del Arco Blanco, C. Hernández Burgos y G. Román (eds.), *Los años cincuenta: la década olvidada de la dictadura franquista* (pp. 161-186). Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Saz, I.; Box, Z.; Morant, T. y Sanz, J. (eds.). (2019). *Reactionary Nationalists, Fascists and Dictatorships in the Twentieth Century: Against Democracy*. Palgrave MacMillan: Cham. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-22411-0>

- Sesma Landrin, N. (2006). El republicanismo en la cultura política falangista. De la Falange fundacional al modelo de la V República francesa. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 18, pp. 261-283. <https://doi.org/10.5944/etfv.18.2006.3133>
- Sesma Landrin, N. (2017). Modernism and Falangism. The journal *Escorial* and its Authoritarian Modernizing Project. En F. Gallego y F. Morente (eds.), *The Last Survivor. Cultural and Social Projects Underlying Spanish Fascism, 1931-1975*. Brighton: Sussex Academic Press.
- Thomàs, J. M.^a (2001). *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*. Barcelona: Plaza&Janés.
- Thomàs, J. M.^a (2014). *El gran golpe. El «caso Hedilla» o cómo Franco se quedó con Falange*. Barcelona: Debate.
- Thomàs, J. M.^a (2016). *Franquistas contra franquistas. Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco*. Barcelona: Debate.
- Thomàs, J. M.^a (2017). *José Antonio. Realidad y mito*. Barcelona: Debate.
- Tusell, J. (1984). *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ysàs, P. (2004). *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*. Barcelona: Crítica.